¡ay! esta España, hace ya más de sesenta años (hoy más de noventa) que es presa de las revoluciones; entran de todas partes los falsos principios; mas yo espero que no triunfarán jamás, no, jamás, pues encontrarán siempre en ese pueblo un corazón católico para oponerse á las iniquidades de los impíos».

Es de recordar aquí el texto ya citado de una carta del presbítero D. Pedro Sánchez, confesor de la V. Sor María Antonia Gimeno: «Me ha dicho ya por dos veces la Peregrina que el Señor le ha dado á entender que no se han acabado los disturbios y persecución de la Iglesia española; que *sucederá una grande, aunque no muy duradera, después de la cual se sentarán las cosas*». A lo cual pone el Dr. Escolá una nota que dice así:

«El Señor le dió palabra de su cumplimiento, y le dijo para tranquilizarla: *No temas, hija mía; todo cuanto te he anunciado se ha de cumplir*. Y si todo se ha de cumplir, caerá la revolución y vendrá el Monarca prometido, con el cual *se sentarán las cosas*».

Debe triunfar en España antes que estalle la verdadera guerra europea, objeto de tantas profecías y hoy prevista por todos para un plazo más ó menos breve.

Esta antelación de su triunfo es consecuencia necesaria de todas las profecías que á él se refieren; algunas parecen anunciarlo terminantemente, como la de Sor Natividad. Y este triunfo será milagroso, inesperado, obra muy particular de la divina Providencia, que tomará bajo su especial protección al Gran Monarca.

La célebre profecía de Disentis anuncia el triunfo de la Patria bajo la bandera del libertador, á quien luégo presenta ocupado en limpiar de cizaña todas las esferas de gobierno y exterminar á los impíos, quienes con sus descendientes «quedarán en abominación hasta el fin de los siglos»; en seguida anuncia «una guerra general entre las potencias de Europa», terminada por el mismo libertador, y por último predice «el reinado de la felicidad» bajo el imperio del mismo.

No menos claramente profetiza San Vicente Ferrer, en aquella su famosa profecía de Cataluña, que tantas veces hemos citado. «¡Oh migueletes!, dice, ¡oh catalanes! La casa santa, las vuestras y las de toda España prevendréis y dispondréis la justicia».

Primero Cataluña, después toda España; de Cataluña ha de venir á ésta la regeneración, y las dos juntas, esto es, la nación española, hará reinar en el mundo la justicia, por medio del «príncipe que demostrará el esplendor de su fe» y «cuya causa correrá á cuenta de Dios». ¿Y no se está preparando esta regeneración en Cataluña?

El célebre vidente del Cominges da por supuesto igualmente el triunfo antes de la guerra europea.

«Entonces, dice, el Tajo producirá un guerrero valiente como el Cid, religioso como el tercer Fernando, que enarbolando el estandarte de la fe, reunirá en torno de sí innumerables huestes, y con ellas saldrá al encuentro del formidable gigante que con sus feroces soldados se adelantará á la conquista de la Península».

Podríamos alargarnos mucho; pero creemos que con lo dicho en este capítulo basta para que, comparando y meditando, descubran nuestros lectores avisados cómo y por qué medios ha de triunfar con el favor de Dios el Gran Monarca en España. Nosotros no estamos en condiciones de declarar todo lo que comprendemos ó sabemos; pero á fin de facilitar algo las investigaciones de los estudiosos, aconsejamos que no se olviden las previsiones del Conde de Maistre (véase capítulo III) acerca de la ciencia, ni la profecía del Sacerdote de Turín sobre descubrimientos que también insinúa San Francisco de Paula.

(*Luz Católica*, núm. 59=14 Noviembre 1901).

CAPÍTULO XVI

EL MEJOR GENERAL, SAN MIGUEL

CAPÍTULO XVI

EL MEJOR GENERAL, SAN MIGUEL (1)

I

De acuerdo con los Profetas.

Si decís á muchos católicos: «los profetas anuncian esto ó lo otro», se reirán en vuestras propias barbas con frescura de impíos ó indiferentes, por falta de atención ó de estudio; y al poco rato se irán tal vez á estampar sus opiniones en la prensa periódica, y siendo personas de criterio, la lógica de los acontecimientos y de la religión les llevará en substancia á las mismas consecuencias anunciadas por los profetas.

En mil ocasiones hemos notado esto, y más especialmente en los artículos que la prensa católica dedicó al Arcángel San Miguel el día 29 de Septiembre último. Un colega de nosotros muy estimado, aunque no es de los que menosprecian las profecías, no necesitó tenerlas presentes para consagrar un buen artículo al Príncipe de la Milicia Celestial; bastóle su criterio católico para coincidir con lo que anuncian los profetas, según se verá por su artículo, que es como sigue:

«Nos quejamos á menudo de que no salga en nuestros

(1) De *Luz Católica*, núms. 56 á 59=Octubre y Noviembre de 1901.

días un general de talla que eche su espada en la oscilante balanza de la política, y arrastre con el peso de ella á todos los fantoches que están *jugando á partidos,* y jugándose, en este juego pesado y de mal gusto, la herencia y las esperanzas de la nación.

Y el suspirado general no parece en lo humano; y parece extinguida en nuestro suelo la casta, no sólo de los Fernández de Córdoba y de los Albas, que supieron barrer ejércitos, sino aun la de los Pavías, que alcanzaron á barrer parlamentos.

Pero ya que no parecen los generales *terrestres,* la Santa Madre Iglesia nos compensa de esta falta proponiéndonos un general y Príncipe celestial que al grito de *¡quién como Dios!* ha derrotado siempre y derrotará una vez más, cuando se le invoque como es debido, las tenebrosas huestes que nos fatigan.

La Masonería, que es la encarnación social del Poder de las tinieblas, se está encaramando en el gobierno de *la católica España,* como ya se encaramó en el del que fué *reino cristianísimo,* y hoy no es más que la *república masónica* de Francia.

¿Qué remedio contra un poder que trabaja en las tinieblas, sin respetar leyes divinas ni humanas, valiéndose de los reyes liberales contra la Iglesia de Cristo y de las masas populares contra los reyes liberales, para establecer sobre las ruínas de todo lo divino y humano una democracia donde el diablo maneje la batuta y dancen al compás que él les golpee, la carne y lo más desechado del mundo?

¿Se acudirá á los medios legales? Las situaciones masónicas se burlan de las leyes, como se está burlando Romanones de la Constitución y González del Concordato. ¿Iremos á las urnas electorales para crear nuevos Cuerpos legislativos que nos aseguren leyes más razonables? Se necesita una candidez *colosal* para pensar en la posibilidad de este medio, después de las últimas elecciones que marcan *el copete* de las artes electorales, que siempre florecieron mientras estuvo en el candelero el tupé de Sagasta.

Pues ¿qué remedio queda? En lo humano no es fácil de decir, principalmente en medio de la desunión y fraccionamiento en que viven los elementos sociales *aprovechables.* Por esto debemos, mientras amenace un rayo de luz en la tierra, levantar nuestras miradas al cielo donde hoy se nos presenta como abogado el Príncipe, nunca vencido, de los ejércitos celestiales.

Hace tiempo que por mandato de nuestro amantísimo Padre León XIII se dice al fin de la Misa una oración llena de enérgico ardimiento, la cual debe excitar nuestra confianza en el Santo Arcángel, y dirigir nuestras preces hacia él, ya que

así lo manda á los ministros del Señor el Vicario de Jesucristo.

«¡Oh San Miguel Arcángel, dice, defiéndenos en nuestros »combates; sé nuestra ayuda contra la malicia y las asechanzas »del demonio! *Impérele el Señor* (ó reprímale el Señor) te »rogamos humildemente; y tú, Príncipe de la milicia celestial, »armado de divino poder, derriba en los infiernos á Satanás y »á los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para »la perdición de las almas».

Cualquiera entiende á cuántos puede dilatarse esta deprecación; pues no sólo pedimos que sea derribado en sus avernales tinieblas Satanás, sino todos los espíritus que andan por el mundo para procurar la perdición de las almas; muchos de los cuales no se puede dudar que andan vestidos, no sólo de carne humana, sino de levita y de frac; pero principalmente de masónico mandil.

Roguemos, pues, insistentemente al glorioso San Miguel, que combata con estos desgraciados, para que, si es posible, los gane venciéndolos, para que se corrijan y se salven, y si se obstinan en su perversa intención, los quite por lo menos de en medio, para que con nuevos pecados no agraven la sentencia de su condenación».

II

San Miguel en la Ley antigua.

Ahora bien; ¿qué dicen los profetas acerca de todo esto? Dicen lo que en la citada Oración pedimos después de la Misa al santo Príncipe celestial, dicen que se verificará lo que desea el artículo copiado. Pondremos lo que dicen los profetas no canónicos; pero antes conviene saber qué dicen los del Canon bíblico; y aun antes de esto, veamos qué nos enseña la Tradición.

Miguel, del hebreo *mi-ca-el*, quiere decir en castellano: *¿quién como Dios?*; y tiene notable analogía con el nombre de *Macabeo*, que es el anagrama hebreo de esta pregunta: *¿Cuál de los fuertes se asemejará á tí, oh Señor?*

Según la común creencia de los fieles de todos los siglos, el Arcángel San Miguel es el Capitán de toda la milicia celestial, por contraposición á Lucifer, que es cabeza de los demonios. Así como los judíos tuvieron á San Miguel por Angel tutelar de la Sinagoga, así los cristianos le han dado siempre el culto particular de Protector principal suyo contra el poder del infierno. La Iglesia ha canonizado estas creencias.

Represéntase á San Miguel con la espada en la mano derecha, símbolo del poder de Dios; con la balanza en la izquierda, símbolo de la justicia en el juzgar el mérito ó el demérito; y con el demonio vencido á sus pies, símbolo de la victoria perpetua de la Iglesia contra las puertas del infierno.

De los elogios que á San Miguel tributaron los Padres y de los himnos litúrgicos que se cantan en las festividades instituidas para celebrar los méritos y atributos del celestial Protector, dedúcese claramente la antigüedad y la grandeza del culto que la Iglesia le ha tributado, adoptando y purificando la devoción que los judíos le profesaban.

Fundábanse, así éstos como los cristianos, en que San Miguel intervino en los grandes acontecimientos bíblicos; y en efecto, ya los más antiguos Expositores de la Biblia, según es de ver en Cornelio à Lápide *(in c. 10 et 12 Dan.)*, creyeron que el Señor se sirvió de San Miguel para obrar los mayores acontecimientos registrados en el Antiguo Testamento. Por lo cual, según ellos, fué San Miguel el que condujo á Adán echado del Paraíso y le señaló morada y enseñó á cultivar la tierra; el que detuvo la cuchilla de Abraham cuando iba á descargarla sobre Isaac; el que apareció á Moisés en la zarza ardiente; el que degolló á los primogénitos de los egipcios y condujo á Israel por el desierto; el que, haciendo las veces del Señor, dió en el Sinaí la Ley á Moisés; el que amenazó á Balaam cuando éste iba á maldecir á los hebreos, por lo cual

todavía hoy los mahometanos árabes veneran á San Miguel.

Añaden los mismos Expositores que fué este mismo Príncipe celestial quien se apareció á Josué con la espada desnuda, animándole á la guerra contra los cananeos; el que se apareció á Gedeón confiándole la misión de salvar al pueblo de Dios, consumiendo el sacrificio de aquél con fuego milagroso y ayudándole á exterminar á los madianitas; el que apareció á Manué, padre de Sansón; el que exterminó los ejércitos de Senaquerib; el que preservó á Ananías, Azarías y Misael del fuego del horno de Babilonia; el que preservó á Daniel en la fosa de los leones, y asiendo al profeta Habacuc de los cabellos, trájolo allí desde la Judea; el que todos los años removía las aguas de la piscina Probática; el que dió muerte al infame Antíoco y condujo los Macabeos á la victoria, etc., etc.

En ninguno de estos hechos nombra la Sagrada Escritura á San Miguel, sino en general, á un Angel; los Expositores fundáronse en la Tradición, renovándola y transmitiéndola á la posteridad; pero es de saber que la Tradición sagrada es comparada por San Pablo en autoridad á la Sagrada Escritura. No sólo en los acontecimientos sobredichos, sino en muchos más cuya Tradición ya no se conserva, intervino indudablemente el Príncipe San Miguel. De esto, y al mismo tiempo de la autoridad de estas Tradiciones, tenemos un acabado ejemplo en la Epístola Católica del Apóstol San Judas, lo cual merece que hagamos un poco de historia.

¿Murió Moisés realmente, ó vive aún como el Profeta Elías? De cierto nadie lo sabe, ni lo vió morir nadie, ni se sabe dónde se depositó su cuerpo. Tanto es así, que graves Expositores opinan que, si murió, fué aparentemente, de modo que resucitó después y es reservado por el Señor para que vuelva al mundo con Elías en los tiempos del Anticristo; de suerte que

no serán Elías y Enoc los dos enviados, sino Moisés y Elías, que fueron los que acompañaron al Señor en la Transfiguración. No es absolutamente segura esta opinión, pero nos parece muy fundada.

Sea como fuere, hubo entre los judíos un libro apócrifo que trataba de la *Asunción de Moisés*. Los libros de esta índole no deben rechazarse en absoluto por el mero hecho de no ser inspirados y contener alguna cosa menos verdadera, pues suelen contener doctrinas y hechos tradicionales fielmente aducidos, y por lo tanto muy venerables. Ello es que muchos Doctores antiguos, como Philón, San Epifanio, Orígenes, San Clemente Alejandrino, el Crisóstomo, Teodoreto, Procopio, Ecumenio, Josefo y otros Padres, Expositores é historiadores, confirman una Tradición adoptada por dicho libro acerca de Moisés.

Según ella, muerto ó desaparecido Moisés, el Arcángel San Miguel sostenía que el cuerpo ó toda la persona de este gran Legislador debía conservarse en un lugar escondido á los ojos de los hombres, temiendo que los hebreos, cuyo protector era el Arcángel, inclinados de suyo á la idolatría, lo adorasen como á un Dios, ó cayesen en este pecado otros pueblos de la Arabia que tenían á Moisés por un ser sobrenatural. El demonio, por el contrario, creyendo á Moisés realmente muerto, pretendía que fuese dejado su cuerpo en poder de los hebreos, para que con esto cayesen en idolatría. O bien, dice otra versión, San Miguel quería que se diese á Moisés una sepultura digna de tan gran hombre, y el demonio reclamaba su cuerpo y decía que era indigno del honor de un sepulcro, alegando por razón la muerte que Moisés dió al egipcio, por la que tuvo que huir al país de Madián.

Pues bien; San Judas Tadeo eleva al Canon bíblico esta disputa que la Tradición decía haber sostenido el Arcángel San Miguel con el demonio, diciendo en su Epístola, vers. 9:

«Cuando el Arcángel Miguel, disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió á proferir contra él sentencia de maldición, sino que dijo solamente: REPRÍMATE EL SEÑOR: *Imperet tibi Dominus*».

¡Palabras admirables y llenas de sublimes enseñanzas! En otro artículo lo veremos, continuando esta interesantísima historia.

III

El vencedor de Satanás.

«*Imperet tibi Dominus*. Ejerza el Señor su poder sobre tí y reprima tus conatos». Con estas palabras puso fin el Arcángel á su altercado con el demonio: el Señor oyó la voz de su Arcángel, y el espíritu maligno cayó otra vez rodando á su eterna mazmorra.

«No se atrevió el Arcángel, dice San Judas, á proferir contra él sentencia de maldición, sino que le dijo: Impérete (ó reprímate) el Señor».

Bien merecía que lanzase sobre él la maldición divina; pero respetando todavía en el espíritu infernal la obra de Dios y la dignidad en que fué criado, se contentó con decirle: *Imperet tibi Dominus*.

«Contrapone aquí el Apóstol—dice Amat con todos los Expositores,—la modestia y moderación del Arcángel San Miguel á la petulante arrogancia de los herejes, los cuales no reparan en blasfemar de Dios, de sus ministros y de todas las potestades».

En efecto; después del texto copiado, vuelve el Apóstol á los impíos y dice:

«Estos, al contrario, blasfeman de todo lo que desconocen, y como brutos animales abusan de todas aquellas cosas que conocen por razón natural. ¡Desdichados de ellos!..... Vosotros, al contrario, carísimos, elevándoos á vosotros mismos como un edificio espiritual sobre el fundamento de nuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, manteneos en el amor de Dios,

esperando la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna».

Lo mismo viene á decir San Pedro en su segunda Epístola (II, 11 y 12), quizá aludiendo también al altercado de San Miguel con el demonio.

«Como quiera, dice, que los Angeles mismos, con ser tanto mayores en fuerza y poder, no condenan con palabras de execración ni de maldición á los de su especie (á los ángeles condenados, ó demonios); mas estos otros que, por el contrario, como brutos animales nacidos para el lazo y la matanza, blasfeman de las cosas que ignoran, perecerán en los vergonzosos desórdenes en que están sumergidos, recibiendo el pago de su iniquidad».

Habla San Pedro de los falsos apóstoles, de los seductores del pueblo creyente, los cuales compara á los demonios como San Judas. Ahora bien; leed la prensa sectaria de todos los matices, desde la descarada hasta la cubierta con capa de catolicismo, desde la que se cubre con morrión hasta la que seduce á los buenos carlistas cubriéndose con la boina, y hallaréis en toda ella blasfemias, herejías, calumnias, maldiciones... Quieren apoderarse de Moisés, de la Iglesia, de Cristo, para corromper al mundo haciéndolo idolatrar. ¿Qué contestan los buenos católicos?

Discuten con esos demonios, firmes siempre en la verdad á imitación de San Miguel; y cuando ya la discusión es inútil, acuden al poder de Dios y dicen con el Arcángel: *Imperet tibi Dominus;* reprímaos el Señor, póngaos el Señor una mordaza y deos vuestro merecido. No bastará esto, y con el Arcángel habrá que empuñar la espada para que los demonios se vuelvan al lugar de donde salieron.

Pecadores somos nosotros; pero ¡cuántas veces hemos tenido que pronunciar ya el *imperet illi Dominus!* ¿Qué significan, entre otras cosas, las pruebas ó juicios de Dios con que más de una vez hemos retado á los falsos apóstoles? No penséis, lectores, que Su Santidad León XIII puso el *imperet illi Dominus* en la

oración que mandó decir después de la santa Misa para que sólo el demonio espiritual caiga vencido, sino para que con él lo sean igualmente por San Miguel y su ejército los demonios de carne que pululan por toda la tierra. ¿No basta la oración? Pues ese ejército, con San Miguel su Capitán, irá á la acción con la espada desnuda.

Tal vez no á todos mis lectores agradará esta aplicación de la lucha de los Angeles á nuestras presentes luchas. ¡Ah! ¡si supieran cuánto más extensa, detallada y terminante podría ser la aplicación! Pero queremos ser sobrios, advirtiendo, sin embargo, á todos los Españolistas, esto es, á todos los Tradicionalistas en tradiciones españolas y no extranjeras, y á todos los que tienen fe en la venida del Gran Monarca, que á sus luchas presentes y venideras convienen especialmente la historia del altercado de San Miguel su Capitán con el demonio.

Efectivamente; creemos haber demostrado que el gran Príncipe y sacerdote Jesús, hijo de Josedec, fué una acabada figura del Gran Monarca, de suerte que tanto como á él conviene á éste la narración del profeta Zacarías en el cap. VI. Nadie nos ha puesto una objeción, ni creemos que seriamente pueda ponerse. Aquella narración, sin embargo, conviene al Gran Monarca triunfante, y fuera de desear otra que conviniese al Gran Monarca abatido, discutido, pecador como nos lo presenta San Francisco de Paula, perseguido por el demonio y sus secuaces, etc., etc.

Pues bien, esa narración existe; en esa narración aparece otra vez San Miguel disputando con el demonio sobre Jesús ó el Gran Monarca, del mismo modo que disputó sobre Moisés; esa narración describe el período de postración del Gran Monarca, y en ella *se anuncia* su triunfo; pero todavía no *se refiere* su triunfo, como en la otra ya indicada que describe su coronación. Y esta narración profética, compendio maravi-

llosísimo de todo cuanto sobre el caso anuncian los profetas, es del propio Zacarías, que en el cap. III dice:

«Hízome ver el Señor al Gran Sacerdote Jesús (Salvador), que *estaba en pié* ante el Angel del Señor, y estaba Satán á su derecha para oponérsele. Y dijo el Angel á Satán: *Incrépete el Señor, Satán, sí, incrépete el Señor, que escogió á Jerusalén. ¿Por ventura no es este Jesús un tizón sacado del fuego?*

»Y Jesús estaba vestido de ropas sucias, y permanecía en pié delante del Angel, el cual respondió y dijo á los que estaban en su presencia: Quitadle las ropas sucias. Y á él le dijo: He aquí que te he hecho vestir ropas de gala.

»Y añadió: Ponedle en la cabeza una tiara (bonete oriental) limpia; y pusiéronle en la cabeza una tiara limpia, y le mudaron de vestidos. Entre tanto, el Angel del Señor estaba de pié. E hizo el Angel del Señor esta protesta á Jesús, diciéndole:

»Esto dice el Señor Dios de los ejércitos: Si anduvieres por mis caminos y guardares mis preceptos, tú también serás juez de mi *Casa* y custodio de mi *Templo*, y te daré algunos de estos Angeles que ahora están aquí presentes, para que vayan contigo.

»Escucha tú, oh Jesús, gran Sacerdote, y escuchen tus amigos que moran contigo, que son varones admirables. YO TRAERÉ Á MI SIERVO ORIENTE.

«Porque he aquí la piedra que yo puse delante de Jesús, piedra única, la cual tiene siete ojos; he aquí que yo la labraré con el cincel, dice el Señor de los Ejércitos; y en un día la arrojaré yo de aquella tierra de la iniquidad. En aquel día, dice el Señor de los Ejércitos, convidará cada uno á su amigo á la sombra de su parra y de su higuera».

Estas son las delicias de la paz que dará el Gran Monarca.

IV

San Miguel y el Gran Monarca.

En esta empresa de pacificación universal y triunfo absoluto de la Iglesia, el Gran Monarca será ayudado por la visible protección del Príncipe San Miguel. Todos los días, en todo el mundo, todos los Sacerdo-

tes, y con ellos todos los fieles que oyen misa, invocan después del Santo Sacrificio el poder de San Miguel contra Satanás y sus ángeles y secuaces. Imposible es, imposible que esta oración universal y constante no penetre los cielos. Terrible es la lucha; grande será la victoria por intercesión del Príncipe de los ejércitos de Dios. ¿Lo dudáis? Pues leed el capítulo XII del Apocalipsis, donde San Juan, en tremenda visión, nos descubre al Arcángel San Miguel luchando con Satanás, en favor de la Iglesia en un sentido y de España en otro.

La Iglesia y España son representadas por la mujer, y el Gran Monarca por el hijo varón, aquel Gran Monarca tan magníficamente descubierto en el capítulo X del mismo Apocalipsis por el gran profeta Holzhauser y otros profetas. El que pueda, que nos contradiga, y si arguye en buena lógica, se lo agradeceremos; pero no admitimos negaciones gratuitas, ni reparos de inteligencias quisquillosas ó prevenidas. Varias veces hemos expuesto lo que dice San Juan; véase, por ejemplo, nuestro núm. 12, pág. 178. Bástenos, pues, ahora poner el texto apocalíptico, para descubrir la victoriosa intervención del Príncipe San Miguel en las luchas del dragón revolucionario, esto es, de todas las sectas mancomunadas y dirigidas por Satanás, con la mujer y su hijo varón.

«Un gran prodigio, dice, apareció en el cielo (1): una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando en cinta, gritaba con ansias de alumbrar y padecía dolores de parto.

»Al mismo tiempo se vió en el cielo otro portento, y era un dragón descomunal, bermejo, con siete cabezas y diez cuernos; y en las cabezas tenía siete diademas, y su cola traía arrastrando la tercera parte de las estrellas del cielo, y arro-

---

(1) El Apocalipsis no entiende por cielo la mansión de los Bienaventurados, sino *el reino de los cielos*, esto es, el reino espiritual de Jesucristo, ó sea el mundo católico, en cuanto Jesucristo reina en él por la gracia.

jólas á la tierra. Este dragón se puso delante de la mujer que estaba para alumbrar, á fin de tragarse al hijo luego que ella le hubiese dado á luz.

»En esto parió la mujer un hijo varón, el cual había de regir todas las naciones con cetro de hierro, y este hijo fué arrebatado para Dios y para su solio; y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos y sesenta días.

»Entretanto se trabó una gran batalla en el cielo: Miguel y sus Angeles luchaban con el dragón, y el dragón y sus ángeles lidiaban con él; pero éstos cayeron vencidos, y desde entonces desapareció su lugar en el cielo».

Hasta aquí el Apocalipsis. Perdonen los lectores que no hagamos comentarios; no es hora. Además, sabiendo qué se entiende aquí por cielo, y que tierra quiere decir el mundo de la impiedad ó cosa análoga, fácil les será interpretar rectamente el texto apocalíptico.

De estas luchas de San Miguel por los hijos de Dios no habla solamente el Apocalipsis; el profeta Daniel, cuya profecía abarca todos los tiempos hasta el fin del mundo, y de una manera especial los tiempos de Antíoco Epifanes y del liberalismo (1), ya anunció terminantemente la intervención del Príncipe de los ejércitos de Dios en nuestras luchas. Y así como el Apóstol San Judas nos presenta al Arcángel por modelo de nuestras luchas con los impíos, así Daniel (cap. X) nos le presenta en discusión con otros Angeles buenos, por donde se ve la sinrazón y la hipocresía de los que se escandalizan de que haya discusiones entre buenos católicos. Aparécese, pues, en

---

(1) En aquéllos se levantaron los Macabeos y triunfaron, en estos se levantarán los Crucíferos y triunfarán. Hay tan grande analogía entre unos y otros tiempos, que parecen relativamente los mismos. Los dos son fin de una de las cuatro grandes generaciones en que se divide la humanidad; los dos son igualmente anunciados por San Gabriel á Daniel; y siendo constante que San Miguel fué el Capitán invisible que alentó y guió á los Macabeos, síguese que también ahora alentará y guiará á los Macabeos de la Cruz.

terrorífica visión el Arcángel San Gabriel á Daniel profeta, y le dice:

«Daniel, varón de deseos, atiende bien las palabras que te digo, y ponte en pie, pues yo vengo ahora enviado á tí... No tienes que temer, oh Daniel, pues desde el primer día en que, á fin de alcanzar de Dios la inteligencia (1), resolviste en tu corazón mortificarte en la presencia de tu Dios, fueron atendidos tus ruegos, y por causa de tus oraciones he venido yo.

»Pero el Príncipe (el Angel Custodio) del reino de los Persas se ha opuesto á mí por espacio de veintiún días, y he aquí que vino en mi ayuda Miguel, uno de los primeros Príncipes (de los Angeles), y yo me quedé allí al lado del rey de los persas.

»*He venido, pues, para explicarte las cosas que han de acontecer á tu pueblo en los últimos días, porque* ESTA VISIÓN SE DIRIGE Á TIEMPOS REMOTOS».

Trabajo nos cuesta contener la pluma para no poner algún comentario: tememos que sea inoportuno, por lo cual nos concretamos á decir con el mismo Daniel: que sólo él tuvo la visión del Arcángel San Gabriel que le explicaba lo venidero.

«Y solamente yo Daniel, dice, tuve esta visión; mas los hombres que estaban conmigo no la vieron, sino que se apoderó de ellos un extremo terror, y huyeron á esconderse; y habiendo quedado yo sólo, ví esta grande visión, y me quedé sin aliento, y se me demudó el rostro, y caí desmayado, perdidas todas mis fuerzas».

Después de anunciarle San Gabriel que la visión se dirige á tiempos remotos, cuéntale lo que sucederá en dichos tiempos, hasta que lleguemos al período más crítico del castigo horroroso con que Dios se tomará justicia de estas sociedades empecatadas, y entonces le dice (cap. XII):

«En aquel tiempo se levantará MIGUEL, *Príncipe grande que es el defensor de los hijos de tu pueblo;* porque vendrá un tiempo tal, cual nunca se habrá visto desde que empezaron á

---

(1) Inteligencia de una visión que tuvo el mismo Daniel acerca de un gran suceso en que interviene una «fuerza grande», ó sea un gran ejército.

existir las naciones hasta entonces. Y en aquél tiempo, tu pueblo será salvado; todo aquel que se hallare escrito en el libro de Dios».

¿Quién será el caudillo que debe salvar al pueblo creyente, batallando á las órdenes y con ayuda del Príncipe San Miguel? Ya lo insinuamos en el núm. 37 de *Luz Católica*, pág. 580, col. 1.ª, hablando de las cuatro grandes generaciones de la humanidad. Decíamos:

«El que lo salvará, según otros profetas dicen más claro, es el varón que Daniel vió estar «sobre las aguas del río», ó sea el mismo Angel del cap. X del Apocalipsis, esto es, el Gran Monarca, según Holzhauser y otros profetas. (V. *Luz Católica*, núm. 14, págs. 211 y 212; y núm. 27, pág. 421, col. 1.ª)

«Este varón ó Angel dice con palabras enigmáticas á Daniel, esto es, al pueblo creyente, «cuándo se cumplirán estos portentos»; y Daniel le pregunta: «¡Oh, Señor mío! ¿qué sucederá después de estas cosas?» Respóndele el Angel: «Anda, Daniel, que estas cosas son recónditas y *quedan selladas hasta el tiempo determinado*. Muchos serán escogidos y purificados como por fuego. Los impíos obrarán impiamente; pero *lo entenderán los sabios de Dios»*.

Tengan esto presente los que se burlan de las profecías.

Así pues, oh vosotros, todos los que esperáis el triunfo de la Iglesia y la restauración del mundo por un Capitán enviado del Señor Dios de los ejércitos, tened confianza. *«Consurget Michael, Princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui;* se levantará el gran Príncipe San Miguel, que tiene encomendada la defensa de los hijos de nuestro pueblo», y con él venceremos como con él vencieron los Macabeos, como con él venció Josué, á quien dijo, teniendo la espada desnuda:

«Yo soy el Príncipe de los ejércitos del Señor, y vengo á vosotros».

Aun estamos en el Desierto; antes de llegar á la Tierra de Promisión tendremos que luchar con pueblos impíos; pero tened ánimo, que el Señor nos dice como al pueblo de Moisés:

«Yo enviaré á mi Angel para que te guíe y guarde en el viaje, hasta introducirte en el país que te he preparado. Reverénciale y escucha su voz. Y mi Angel irá delante de tí, y te introducirá en el país del Amorreo, y del Heteo, y del Fereceo, y del Cananeo, y del Heveo, y del Jebuseo, á los cuales yo exterminaré».

V

Visión de Sor Catalina Emmerich.

Ahora bien; ¿qué dicen de todo esto los profetas modernos? Lo mismo que los del Cánon bíblico, relativamente; pero los modernos, como es natural, detallan más, compréndense más fácilmente, como se verá por los siguientes pasajes que tomamos de las revelaciones de la Venerable Sor Ana Catalina Emmerich. Habla esta gran vidente de las actuales persecuciones de la Iglesia y de su próximo triunfo por San Miguel, y dice así:

«Ví á la Hija del Rey de reyes perseguida y maltratada. Lloraba amargamente estas luchas sangrientas y mortales, y buscaba con su vista una generación fuerte y casta que viniera á sostenerla en el combate. Yo le pedía especialmente que derramase sus tesoros sobre los Sacerdotes. *Sí*, me dijo; *yo tengo grandes tesoros, pero ellos los pisotean.* Llevaba un vestido azulado como el azul de los cielos.

»Mi guía me advirtió al mismo tiempo que, mientras yo pueda, pida y encargue á los demás que pidan por los pecadores, y particularmente por los Sacerdotes infieles á su vocación; y me añadió: «Tenéis que pasar por malos días. Los disidentes seducirán á muchas almas, y por mil medios se esforzarán en arrancar toda autoridad á la Iglesia. De aquí provendrá una gran perturbación».

»En otra visión ví la manera como la hija del Rey se armó para el combate. Imposible contar todos aquellos que contribuyeron á su equipo: éste consistía en oraciones, buenas obras, mortificaciones y trabajos de todo género. De mano en mano llegaban aquellas armas hasta el cielo, donde cada obra meritoria era transformada según su naturaleza, y llegaba á ser un arsenal de guerra para la casta Esposa de Cristo.

Era una maravilla ver como todo se adaptaba á su armadura, y como una cosa simbolizaba otra de una manera tan asombrosa. La hija del Rey se halló armada de piés á cabeza. Muchos de los que vinieron así en su ayuda me eran conocidos, pero no podía yo menos de admirarme al ver que *ni siquiera uno de todos los institutos, ni de personajes importantes, ni de entre los sabios, hubieran contribuido en nada*, mientras que LOS POBRES Y DESVALIDOS HABÍAN OFRECIDO POR SÍ SOLOS PIEZAS DEL TODO COMPLETAS.

»Fuí también testigo de la batalla. Eran innumerables las tropas del enemigo, y á pesar de esto, *el pequeño grupo* de los fieles combatientes exterminó batallones enteros. La casta Esposa de Cristo dirigía la acción desde lo alto de una colina. Yo corrí á ella y le recomendé mi Patria y las regiones por que estoy obligada á pedir. Hallábase armada de una manera insólita, pero enteramente simbólica, el casco en la cabeza, el escudo al brazo, la coraza en la cintura. Los combatientes que tomaban parte en la lucha se parecían en todo á nuestros soldados de hoy. Se hacían una guerra espantosa; al final no quedó en pie más que *un puñado de bravos*. Eran unas gentes que pensaban bien; la victoria quedó por ellos.

»Ví en la Basílica de San Pedro á un inmenso gentío de demoledores, mientras otras filas se empleaban en reparar los boquetes. Los devastadores, que echaban por tierra paredes enteras, contaban en sus filas muchos sectarios y apóstatas; pero los más hábiles de entre ellos, los que procedían sistemáticamente y conforme á reglas, llevaban unos mandiles blancos (francmasones) bordados de azul, con bolsillos, y tenían una llana en la cintura, y vestidos de todas maneras.

»Personajes grandes y corpulentos de cierta importancia, con uniforme y condecoraciones, asistían también á aquel trabajo destructor, pero sin ocuparse ellos mismos en la obra; concretábanse á señalar con su llana los puntos de las murallas que debían ser destruídos. Frecuentemente, además, cuando no estaban seguros de su golpe, se acercaban á uno de ellos que tenía un libro de gran tamaño, en el que parecía estar consignado todo el plan de destrucción que debía seguirse. Después de lo cual marcaban de nuevo con su llana algún punto, y bien pronto un lienzo más caía al golpe del martillo.

»Ví al Papa en oración; pero *estaba rodeado de pérfidos amigos que de ordinario hacían lo contrario de lo que él mandaba.*—Había allí muchos eclesiásticos conocidos míos. Ví también á mi confesor que venía de lejos con una enorme piedra, como si la acarrease por sí mismo. Otros rezaban el

Breviario con tibieza y llevaban al propio tiempo una piedra pequeñita debajo del manteo, como una cosa rara, ó la pasaban á otras manos. Parecíame que no tenían seguridad, ni arrojo, ni método, y que ni siquiera sabían lo que se debía hacer. ¡Daba lástima!

»Toda la nave de la Iglesia estaba ya derruída, y no quedaba intacto de ella más que el presbiterio. Entregada yo al más vivo dolor, me preguntaba dónde podría hallarse aquel hombre que anteriormente había visto yo colocado como un libertador encima del edificio, vestido de púrpura y con un estandarte *blanco* en la mano... Los que trabajaban por reconstruir la Iglesia redoblaron su actividad; habíales llegado *un refuerzo de ancianos, de tullidos, de hombres, en fin, con quienes jamás se habría contado, como igualmente de muchos jóvenes solteros en todo el vigor de la edad, de mujeres, de niños, de eclesiásticos y de seglares* (he ahí todos los órdenes de Cruciferos), y bien pronto quedó el edificio enteramente restaurado...

»La Iglesia de San Pedro me apareció de nuevo con su elevada cúpula. *El Arcángel* SAN MIGUEL *se cernía por encima de la Basílica*, todo resplandeciente, cubierto con un ropaje purpúreo como la sangre, y teniendo en la mano desplegado el estandarte de los combatientes. Al mismo tiempo se libró en la tierra una gran batalla. Los *verdes* y los *azules* combatían contra los *blancos*, y éstos, dominados por una espada ensangrentada y ardiente como el fuego, parecían en un todo perdidos; todos, sin embargo, ignoraban por qué combatían. La Iglesia estaba enrojecida de sangre como el manto del Arcángel. *Será lavada en sangre*, se me dijo al mismo tiempo. Con todo esto, á medida que se prolongaba la lucha, desaparecía la sangre por encima de la Iglesia, que se mostraba más y más radiante.

»En fin, San Miguel descendió á la arena del combate, al lado de los *blancos*, donde se multiplicaba al frente de todos los batallones. Un valor maravilloso inflamó al mismo tiempo el ardor de todos, sin que pudieran darse cuenta de esto. San Miguel en persona hendía los enemigos, y al instante se siguió una derrota general. La espada de fuego desapareció entonces por encima de la cabeza de los blancos triunfantes. Antes de acabarse la acción, no habían cesado de pasar á su lado grupos enemigos, y después se les rindieron asimismo otros innumerables. Muchos Santos del cielo intervinieron por sí mismos en el combate; desde lo alto de los aires, donde se presentaban animados de un mismo espíritu, multiplicaban las señales y ademanes, tendiendo todos al mismo fin por diferentes operaciones».

Hasta aquí la admirable vidente Sor Ana Catalina Emmerich, pobre monjita perseguida y despreciada del mundo. «Yo te confieso, exclamaba el Salvador, oh Padre, Señor de cielos y tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y prudentes y las revelaste á los párvulos».

VI

Otras visiones.

En el mismo caso hallamos á las religiosas benedictinas de Narni, las cuales tuvieron en Noviembre de 1837 una visión, después autentizada por el Obispo mediante proceso. Vieron en los aires destacarse una Cruz colosal, acompañada de varias figuras, todas perfectamente delineadas, de tal suerte que pudo dibujarse y sacarse un grabado: un ejemplar de este grabado tenemos á la vista; describirlo todo sería negocio de largas columnas.

Levántase la Cruz sobre un globo terrestre, del cual arroja el Príncipe San Miguel al dragón infernal, con un sinnúmero de coronas, cetros, banderas, espadas, etc. En medio de la Cruz se ven los Sagrados Corazones de Jesús y María; en el centro de los brazos las iniciales T. S. C. esto es, *Triumphum Santæ Crucis*, Triunfo de la Santa Cruz. El título, en vez de J. N. R. J., dice: *Vivat Jesus Christus Benedictus*. Encima de esto la Tiara Pontificia, y coronándolo todo resplandece el lema de San Miguel: *Quis ut Deus*. Llama la atención una brillante estrella colocada al lado de la Tiara, y debajo de la cual se lee, en un rótulo inclinado hacia la Cruz: «*In hoc signo vinces;* con esta señal vencerás».

Hablando de esta misma Cruz de Narni el ilustre da Macello en *Il Vaticinatore*, dice:

«Cuando Lucifer, á la cabeza de todas sus legiones de ángeles rebeldes y de todos los hombres perversos, juzgará haber vencido para siempre, con una gran batalla ganada á la Iglesia, y cuando tal vez los mismos Crucíferos, descorazonados, creerán que todo está perdido, entonces Jesucristo, en virtud del poder que le fué dado por el Padre, enviará del cielo una legión de ángeles, quizá en forma visible, yendo al frente de ellos el Príncipe San Miguel. Con sus palabras *Quis ut Deus,* de que un día se valió para arrojar del cielo á los ángeles rebeldes, San Miguel los arrojará de la tierra una vez más como el globo de la Cruz lo representa, y los enemigos de Cristo serán aniquilados por el ejército de la Iglesia con ayuda de las espadas angélicas. Después de tan insigne triunfo, la Iglesia gozará de profunda paz».

Continuemos con las visiones de humildes religiosas; ellas, con su humildad, confirman lo que nos han anunciado los grandes Profetas bíblicos.

Sor Imelda del Santísimo Sacramento, venerable terciaria de la Orden de Santo Domingo, tuvo una de sus grandes visiones el día 23 de Octubre de 1872, poco después de los terribles desastres de Francia, y con este motivo dice ella misma:

«Yo me puse á los piés de Jesús, ignorando lo que significaba aquella visión. Estaba silenciosa, cuando llegó un Arcángel que conversó con el divino Maestro. Jesús me atrajo entonces á Sí, y me presentó al Arcángel, que reconocí era San Miguel. El Arcángel me miró un momento y me dijo: *Haz saber que no se levantará la Francia sino cuando sea gobernada como Dios quiere.*—El día 25 ví á Jesús en la misma colina, después de la Santa Comunión. La ciudad de Roma estaba rodeada de tinieblas y parecía muy agitada. El mismo Arcángel volvió á tomar órdenes de Jesús. El Salvador me llamó á Sí, y me dijo San Miguel: *Haz saber que yo sostengo y defiendo la causa del Vicario de Jesucristo.* A estas palabras, partió para la ciudad y fué á colocarse sobre el edificio que vislumbré. Le ví poner manos á la obra y comprendí que desconcertaba los planes del infierno. Jesús estaba muy triste mirando á Roma».

Tiene mucha analogía con este pasaje el que da Macello, en *I Futuri Destini*, toma de los Bollandos, relativo á Santa Margarita de Cortona. Oraba y lloraba la Santa en cierta ocasión, pensando en las calami-

dades que sobrevendrían á la Iglesia, y díjole el divino Maestro:

«Ten por cierto que sobrevendrá en el mundo una gran tribulación, excitada por Lucifer contra la Iglesia. Desde que fué relegado al infierno, nunca habrá salido con tanto furor como entonces. Recorrerá el mundo, preparará solícitamente los caminos del Anticristo, y será tan grande la tribulación, que muchos religiosos y religiosas abandonarán sus Ordenes. Suscitará contra la Santa Iglesia innumerables peligros, para que los fieles la desprecien y censuren de tal modo los divinos oficios y la predicación, que mi palabra no podrá ser libremente predicada».

El citado autor pregunta: «¿Quién no ve que es nuestra época infeliz aquella de la cual Jesucristo habló á Santa Margarita?» Y opina, y bien podía afirmarlo absolutamente, que San Miguel será el vencedor de Lucifer en esta horrorosa contienda, después de la cual lo encadenará y cerrará el abismo, según anuncia el Apocalipsis en el cap. XX.

No opinamos como da Macello en cuanto al tiempo á que se refiere el Apocalipsis, y nuestras razones quedan largamente expuestas en el número 37 de *Luz Católica*. El Príncipe San Miguel será indudablemente el que dentro de poco triunfará de Satanás y sus ejércitos, y asimismo el que encadenará á Satanás por mil años y cerrará la boca del abismo, según el Apocalipsis lo describe; pero creemos haber probado en el mismo lugar que este encadenamiento de mil años, rigurosamente hablando, empieza con la muerte del Anticristo y no con la victoria de la Iglesia por el Gran Monarca.

Con todo esto, siendo este período de aparición, triunfo, paz y muerte del Gran Monarca, con sus tribulaciones y sus bienandanzas, sus guerras y su pacificación, etc., una acabadísima antelación profética de lo que será la *Cuarta Generación* ó reinado de los mil años, bien podemos tomar semana por año, lo cual es

muy conforme al lenguaje de los profetas (1), y decir que el período de paz *absoluta* en tiempo del Gran Monarca será de mil semanas, ó sea de veintiún años; teniendo en cuenta que este número mil, de años ó semanas, no lo fija el Apocalipsis de tal manera que no hayan de ser uno más ni uno menos; es como decir: *mil, aproximadamente*.

Tomándolo, pues, por las semanas de paz *absoluta* durante el Gran Monarca, tenemos el tiempo que poco más ó menos dan todos los profetas á esta paz, esto es, de veinte á veinticinco años (2); y así, bien podemos decir con el Apocalipsis que San Miguel encadenará á Satanás y cerrará el abismo durante mil años ó semanas, después de los cuales volverá á soltarle por poco tiempo; el tiempo del Anticristo, al cual sigue la felicidad incomparable de la Cuarta Generación.

Sor Ana Catalina Emmerich tiene en sus revelaciones un pasaje, al que se acomoda perfectamente lo que acabamos de indicar.

«He sabido, dice, que debe ser desencadenado Lucifer para un tiempo, cincuenta ó sesenta años antes del año dos mil de Cristo, si no me equivoco».

Lo cual no solo es confirmación de lo que hemos dicho, sino de que la aparición del Gran Monarca es inminente, por el auxilio del Arcángel San Miguel, Príncipe de los ejércitos de la Iglesia militante y triunfante que nos conducirá á la victoria del infierno.

VII

El Rosario de San Miguel.

Con lo dicho hasta aquí creemos haber demostrado de la manera más evidente la soberana intervención

---

(1) *Diem pro anno, diem, inquam, pro anno dedit tibi.* (Ezech. IV, 6). En una semana, durante el Gran Monarca, se obrarán más bienes que en otros tiempos felices durante un año.

(2) Paz *absoluta;* pero el reinado será de 40 á 50 años.

del glorioso Príncipe San Miguel en nuestros combates presentes y futuros con la impiedad y en nuestra victoria definitiva. Todos los fieles saben que San Miguel es el Capitán de las celestiales milicias y gran Protector de la Iglesia Católica; todos responden *amén* á la oración que el Sacerdote le eleva después de la santa Misa; pero ¡cuán pocos son los que procuran alistarse bajo la invencible bandera del Príncipe de los ejércitos de Dios, implorando su protección salvadora! ¡Cuán pocos acuden á tomar el santo y seña de este celestial Generalísimo de las fuerzas católicas!

Para dar á nuestros lectores una prueba más de que la invencible espada de este Capitán de los ejércitos del Señor no se envaina jamás en presencia de los enemigos de la Iglesia, citaremos una página de la vida del venerable Padre Francisco Javier Bianchi, muerto en olor de santidad en Nápoles el 31 de Enero de 1815:

«Los desastres de la campaña de Rusia, dice el presbítero De Valette (1), fueron predichos igualmente por Francisco Bianchi. Prometía Francisco al joven eclesiástico Gabriel Buonocore el próximo triunfo de la Iglesia, y como éste se resistiera á creerlo porque Napoleón se hallaba todavía en el colmo de su poder, siendo los principios de su última campaña extraordinariamente felices, Bianchi se echó á reir sin más réplica.

Unos días más tarde, y después de cantado el *Te-Deum* por la entrada en Moscou, habiendo venido á ver al Padre Bianchi el caballero Buonocore, tío de dicho joven, le preguntó: ¿Por qué estáis triste?—¿Cómo queréis que no lo esté, observó el Padre, si sabéis que se acaba de cantar el *Te-Deum*? Mejor hubieran hecho en cantar el *Miserere*.—Y como Buonocore le objetase que bien se podía exagerar un suceso, pero no inventarlo del todo, Bianchi exclamó, como fuera de sí: *San Miguel, San Miguel con su espada ha casi destruido ya el ejército francés entrado en Moscou; un alma lo ha visto en la oración. Notad el día en que nos hallamos, y sabréis pronto lo que ha hecho la mano del Señor*».

Pronto se supo cuán terrible verdad decía el Padre Bianchi. No quedó, pues, relegada al Antiguo Testamento la espada de

(1) *Vie du V. P. Fr. J. Bianchi.*—París, Putois-Creté, 1871.

San Miguel; desnuda permanece al servicio de la Iglesia, y no se envainará hasta el fin de los tiempos. Mientras dure la Iglesia militante, por ella luchará San Miguel, así contra los infieles como contra los herejes y malos cristianos, según nos han dicho los profetas».

Por venir en confirmación de esto, siquiera no sea una autoridad profética, copiaremos lo siguiente que *Le Rosaire de Marie*, con el título de «Le Rosaire de Saint Michel» publicó á 22 de Junio de 1872. Dábase cuenta de una carta escrita por un alma santa, sobrenaturalmente iluminada, y se decía:

»Vióse sobrecogida en su oración por la triste y universal impotencia de las gentes de bien en presencia del mal siempre creciente. Las buenas voluntades católicas, todavía numerosas en el mundo, *se le presentaban esparcidas y sin vinculo, y esto es lo que hacía inútiles sus esfuerzos para el bien general*, á falta de un Jefe, uno, fuerte, poderoso, que pudiera concentrarlos y coordinarlos.

«Vió entonces que este Jefe, uno, fuerte, poderoso, era San Miguel, y que todas aquellas voluntades esparcidas, diseminadas en el mundo entero, debían ponerse bajo su dirección. Era menester para esto hacer la consagración de este ejército de buenas voluntades católieas al sólo Jefe capaz de dirigirlo, gobernarlo, conducirlo y hacerlo invisible. Ella lo hizo, y adquirió la convicción de que San Miguel se encargaba de està obra, y de este modo venía á ser el Generalísimo de los ejércitos católicos».

Esta comunicación, sin ser una autoridad, es muy conforme á la Tradición católica relativa del Patrocinio de San Miguel sobre la Iglésia universal, y puede inspirarnos segura confianza. Si Nuestra Señora de los Angeles es hoy más que nunca la depositaria de nuestros destinos, San Miguel viene á ser como su Ayudante general de campo para regular, bajo el mandato de María, el orden de las batallas del Señor.

Digamos algo sobre el *Rosario de San Miguel*, recomendado por el santo Arcángel á la persona misma de quien acabamos de hablar, un día de su fiesta, 29 de Septiembre, mientras le suplicaba que le diera á conocer una oración que viniera de él y por la cual

pudiera venerarle. Este Rosario, ó Corona angélica de San Miguel, recomendado por él á dicha alma, fué revelado mucho antes por el mismo Arcángel á la gran sierva de Dios Antonia de Astonaco, en Portugal. En la noticia de esta devoción, impresa con permiso del Ordinario en Loreto, año de 1860, leemos:

«Apareciéndose San Miguel Arcángel á la sierva de Dios, que le era muy devota, le manifestó que quería ser venerado por nueve salutaciones correspondientes á los nueve coros de los Angeles, y consistiría cada una en rezar un *Pater*, tres *Ave* y un *Gloria* en honor de las tres Jerarquías angélicas; y á las nueve salutaciones seguirían cuatro *Pater*, el primero en honor del mismo San Miguel, el segundo de San Gabriel, el tercero de San Rafael y el cuarto del Angel Custodio.

«Tal es el homenaje que quiso y sugirió por sí mismo el glorioso Príncipe de la Milicia Celestial; y prometió en retorno á cualquiera que de este modo le venerase antes de comulgar, que un Angel de cada uno de los nueve coros le sería designado para acompañarle á la sagrada Mesa. Además, al que rezase diariamente estas nueve salutaciones, prometió su asistencia continua durante la vida.—Esto es lo que se refiere en la vida de la venerable Antonia de Astonaco, libro II, cap. 74».

¡Cosas de beatas! dirán quizá algunos: pero no dijo eso la Santa Sede, que en 1851 y en 1852 concedió grandes indulgencias al Rosario de San Miguel. A la cabeza del Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos se lee lo siguiente:

«Es una piadosa tradición de los tiempos pasados que el Arcángel San Miguel, Príncipe de la milicia celestial, declaró á una mujer piadosa que tenía la costumbre de venerarle cada día con actos particulares de devoción, que le sería agradable se introdujese el uso de cierta fórmula de oraciones en su honor y en honor de todos los santos Angeles del cielo; que recompensaría por esto á sus devotos servidores, viniendo á su socorro con los más abundantes beneficios en las necesidades públicas, sobre todo en las de la Iglesia Católica, de la que es perpetuo Protector, así como lo fué en otro tiempo de la sinagoga de Israel».

Es consolador para los católicos españoles saber que la Corona angélica ó Rosario de San Miguel tuvo y aun tiene en España gran arraigo. Ningún pueblo

ha sido tan devoto del Santo Arcángel como el pueblo español; ninguno bautiza á tantos hijos suyos con el nombre de Miguel. Tuvo San Miguel un templo famoso en Constantinopla; el *Michaelión* de Constantino: tiene su célebre Santuario del monte Gárgano en Nápoles: tiene el no menos célebre del peñón de la Tomba entre Bretaña y Normandía; en España los tiene á centenares; España es país de San Miguel. ¡Oh, sí, de San Miguel y del Gran Monarca que San Miguel nos ha de traer para que convirtamos otra vez el mundo! ¡De San Miguel y del Gran Monarca que San Miguel nos ha de traer para que por España triunfe la Iglesia y reine en el mundo Cristo nuestro Rey con María nuestra Reina!

San Miguel suscitó á la obscura doncellita Juana de Arco, para que derrotase ejércitos y restableciese en Francia la Monarquía cristiana; San Miguel suscitará al obscuro y abatido salvador que el Señor nos ha prometido por sus profetas, para que derrote ejércitos mil y restablezca en el mundo el imperio de la Cruz.

San Miguel Arcángel, Príncipe de los ejércitos de Dios, ¡he ahí nuestro mejor General!

CAPÍTULO XVII

LA MEJOR BANDERA LA CRUZ

CAPÍTULO XVII

LA MEJOR BANDERA LA CRUZ

I

El árbol de la muerte y de la vida.

(Leyenda oriental fundada en la Sagrada Escritura y en las tradiciones adoptadas por San Vicente Ferrer y otros Santos).

Acababa de ofrecer en Salem su primer sacrificio de pan y vino el gran sacerdote Melquisedech, cuando el mismo Espíritu de Dios, que le había inspirado aquel acto de culto, hízole vislumbrar, á través de larga serie de siglos, la fecunda realidad de su sacrificio profético.

Vió al Verbo de Dios oculto bajo la envoltura humana, ofreciendo al Padre el sacrificio de su carne y de su sangre por la redención del mundo; vióle morir pendiente de un árbol sangriento; admiró la inmensa amargura de aquel sacrificio prefigurado en el suyo de pan y vino, y súbito apareció en su alma un pensamiento de indignación que ya no se separó de ella.

«Arbol fatídico, exclamó; árbol cuyo fruto emponzoñó nuestra existencia, y de hijos de Dios nos mudó en hijos de pecado; árbol seductor de donde brotaron la perdición y la muerte; he aquí los resultados de la desobediencia en que tu fruto hizo incurrir á los primeros padres. Los cielos se inclinan hacia la tierra para disipar tu sombra con su espléndida lum-

bre; tu sombra, extendida sobre toda la raza pecadora, es la que obliga al Hijo del Eterno á revestirse de nuestra carne y morir por nuestro pecado. Arbol de pecado, ¿dónde estás? Manifiéstate y te arrancaré de tu asiento y te entregaré al desprecio de los mortales para que todos huellen tu ignominia».

Una voz secreta le dijo entonces al corazón:

«Las fuentes que brotaban en medio del Paraíso bañan todavía el árbol de la muerte: de ellas se forman los cuatro ríos paradisiacos Phison, Gehon, Tigris y Euphrates».

Melquisedech sintió al punto invencible deseo de recorrer el Asia en busca de aquellas fuentes, para arrancar el árbol decrépito y darle el destino que acababa de prometerle.

Algunos días después hallábase á orillas del Eufrates, acompañado de dos familiares, un hombre venerable que se dirigía al país de Hevilath, cuna del oro y del aljófar y del brillante, según el sagrado texto (Génesis). Era el gran Sacerdote.

Ardua era la empresa, pero él, puesto en Dios su corazón, clavada su memoria en el árbol de la muerte, insensible á la fatiga y seguro de coronar su obra, vadeando ríos, y cruzando páramos, y atravesando bosques, y venciendo montañas, llegó, después de largas jornadas, á la tierra de Mosoch, tocó en la de Arphaxad, pasó á la primitiva de Chus, llegó á los límites de la de Hevilath, y desde las alturas del Ararat observó que en las vertientes de aquella enriscada cordillera brotaban las fuentes de los cuatro ríos. ¡Estaba en el Paraíso de Adán y Eva!

Pero su alma languideció de tristeza al contemplar aquellos parajes solitarios, un día acariciados por brisas del cielo y entonces yermos y sombríos como la región de la muerte. Al arrojar de allí á nuestros primeros padres, el Angel había hecho pasar su espada de fuego por aquel país de delicias, convirtiéndolo en estrago y desolación. Allí palpitaba todavía la venganza y oprimía el corazón bajo el peso de sus iras.

En medio de un valle de hórrido aspecto, habita-

do por muchedumbres de terribles serpientes, y de singular manera señalado por la espada del ángel, vió el impávido sacerdote un árbol parduzco, casi negro, sin nombre conocido, tan gigantesco, tan seco, tan extraño, que semejaba la visión de los sueños de un criminal. Melquisedech, sin embargo, acercóse, lo examinó, y pudo hallar en él señales inequívocas de la primera maldición que Dios lanzó á la tierra.

La destructora mano del tiempo parecía haber temido acercarse al árbol de perdición: espeso matorral de agudas espinas cercaba su tronco, por el cual subió enroscada y silbando enorme serpiente; densa sombra que helaba el corazón se cernía sobre aquel árbol espantoso, como para no dejarle recibir la luz del cielo; y el viento, rozando indignado contra su seco ramaje, parecía murmurar palabras de terrible anatema.

No había duda. Aquel árbol fatídico era el de la muerte; de aquel árbol había procedido la ruina universal que tan sangrientos sacrificios había de costar al Hijo de Dios.

Melquisedech hizo una señal á los que le acompañaban, y aunque el árbol era de extremada dureza, á los pocos momentos se desplomaba al suelo crujiendo como atormentado por maléfico genio invisible.

De su ramaje se hizo una gran pira, cuyas cenizas se esparcieron á los cuatro vientos, y el tronco fué arrastrado hasta el nacimiento del Eufrates. Se le arrojó al agua, y flotando sobre la corriente llegó al país de Aram, de donde fué trasladado al río Jordán para conducirlo á Salem.

Pasó algún tiempo, muy poco, y sobre un torrente de Salem hallábase tendido á manera de puente un enorme tronco que servía de paso. Era el árbol de la muerte, allí colocado por Melquisedech, para que, hollándolo todos los transeauntes, hollasen en él el pecado y la muerte que por él habían entrado en el mundo.

Corrieron las generaciones y los siglos; el país de Canaán era ya la morada de los hijos de Jacob. Salem habíase convertido en Jerusalem; sentábase en el trono de David su hijo Salomón, y la reina de Sabá venía á rendir un tributo de admiración al Rey de la sabiduría.

Entonces miró el Señor el tronco del torrente, y dijo:

«Arbol de maldición fuiste, fuiste árbol de muerte, y has pagado ya lo que de ti podían exigir los hombres; pero Dios exige de ti una satisfacción más abundante: serás convertido en árbol de bendición y de vida, y tu segundo fruto borrará los males que causó el primero. Las generaciones han maldecido de ti, pero otras generaciones te bendecirán y adorarán agradecidas».

La reina de Sabá, de retorno á su tierra, iba á pasar por el tronco del torrente, al tiempo que el Señor pronunciaba estas palabras. Dios hizo que ella las sorprendiese en su corazón, y la afortunada reina conoció desde luego los futuros destinos de aquel madero.

«No—dijo,—no profanará mi pie ese tronco venerando, sobre el cual ha de morir el Redentor del mundo. Vadeemos el torrente, y vaya un nuncio á poner en conocimiento de Salomón lo que Dios acaba de inspirarme».

Su orden fué obedecida; y cuando Salomón estuvo sabedor de lo ocurrido, en nombre del Redentor profetizó diciendo:

«Debajo de un árbol te comuniqué salud y vida, humanidad pecadora, debajo del árbol mismo á cuya sombra fué desflorada tu madre y violada la que te dió á luz». *(Cant).*

En seguida, para librar de la profanación el venerable madero que había de ser el instrumento de nuestra Redención, así como lo fué de nuestra ruina, el hijo de David mandó hacer una hoya de cuarenta pies de profundidad y lo enterró en el fondo, convirtiendo después aquella excavación en una piscina

para el servicio del Templo. Esta piscina fué la que recibió el nombre de Probática.

Y porque en su fondo yacía aquel venerable instrumento por medio del cual había de consumar el Redentor la obra de nuestra salud, la virtud del cielo afluyó desde luego á la piscina como el agua de las vertientes que la alimentaban. Un ángel romovía en determinados tiempos del año sus aguas, comunicándoles virtud para sanar al primer enfermo que las tocase después de la moción.

Llegada por fin la plenitud de los tiempos, el Verbo de Dios se encarnó, y habitó entre nosotros, y vivió nuestra vida, y predicó su Evangelio, y padeció, y fué sentenciado á muerte de cruz. La hora de la Redención había llegado; del árbol de la muerte iba á brotar la vida del cielo.

Un encargo habían hecho los escribas y fariseos al carpintero que había de construir la cruz: «Hazla—dijéronle—de madera dura y pesada, para que sirva de mayor tormento al seductor que ha de llevarla sobre sus propios hombros al lugar del suplicio».

En las aguas de la piscina Probática repercutió esta fiera blasfemia: estremeciéronse de espanto, y su fuerte sacudimiento removió la tierra del fondo, dejando al soterrado madero libre paso para que subiese á flotar en la surpeficie.

Acertaba á pasar entonces por allí el desgraciado carpintero, vió aquel enorme tronco flotante, apreció su dureza y el peso que la humedad le comunicaba, y como muy acomodado á su intento, lo sacó y construyó de él una cruz de quince pies de largo por diez de brazo. La raza deicida quedó gustosa de este trabajo impío.

Pocas horas habían pasado, y el Autor de la vida exhalaba los últimos suspiros de la suya clavado en aquella cruz.

El sacrificio de Melquisedech había llegado á su

plenitud: la profecía de Salomón habíase cumplido. Del mismo árbol fatal, cuyo fruto nos había causado la muerte, pendía el fruto de vida eterna; allí fué corrompida y violada la progenitora de los hijos del pecado, y allí otra mujer purísima fué constituída progenitora de los hijos de Dios; allí desobedeció el hombre terreno que introdujo el pecado, y allí obedeció hasta la muerte el hombre celestial que nos dió la gracia.

La gracia y el pecado, la muerte y la vida, Adán y Jesús, Eva y María, el cielo y la tierra iban esculpidos en aquel árbol, proclamando unos la ruina del imperio del mal por ellos establecido, y abriendo otros la gran era de reconciliación entre Dios y los hombres.

Cuando me postro ante una partícula de aquel árbol para adorarla, siento en mi alma un frío glacial que la enerva y anonada: es la muerte del pecado que de lo alto de aquel árbol lanzó sobre ella su germen para perderla. Mas por un contraste único en la creación, siento también calor dulcísimo y vivificante que difunde en la misma vigor y alegría: es la vida de la gracia que de lo alto del mismo árbol dejó caer sobre mi alma un germen divino para salvarla.

Y así, luchando y reluchando entre la muerte y la vida, entre el pecado y la gracia, entre el espíritu y la carne, y tembloroso ante la partícula de aquel árbol más antiguo que el hombre y durable hasta el fin de los tiempos, terrible como la muerte y amable como la vida, adoro los inexcrutables designios de la Providencia... y entro en reflexión de mis pecados... y me confundo... y clamo á Dios... y termino diciendo y repitiendo con el Apóstol:

«Lejos sea de mí gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo». . . . . .

. . . .

¡O Crux, ave, spes unica! ¡Oh Cruz Santa, Cátedra